



Había otra vez

Lo maravilloso en María Teresa Andruetto, nuevas formas de leer en el aula

Rocío Malacarne (UNMdP)

Todos los días, al caer la tarde, el padre le contaba la misma historia en sus múltiples versiones. La nena que cloqueaba era la anti-Scheherezade que en la noche recibía, de su padre, el relato del anillo contado una y mil veces.

Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*.

La poética de María Teresa Andruetto parece configurarse a partir de la conocida fórmula “Había una vez”, aquella que, con sus variantes, instala un momento de contar, de transmitir la palabra, una historia lejana en tiempo y en espacio que llega para, nuevamente, ser narrada. Una sucesión de relatos: *Solgo*, *El caballo de Chuang Tzu*, *La durmiente*, *Miniaturas*, *Benjamino*, *El árbol de lilas*, *Había una vez*, el blog “Narradoras argentinas”, donde la autora presenta a distintas escritoras argentinas, se imbrican para recuperar y mantener las palabras de Scheherezade por mil y una noches más; es que, justamente, la figura de esta narradora incesante articula dos presencias fundamentales en su poética: por un lado, como se dijo, el relato para ser contado y, por otro, lo femenino como contracara casi necesaria. Dar a luz una historia, buscar el origen del relato y mediar para que éstos sigan el movimiento del relato oral.

Además de su escritura específicamente literaria, Andruetto ha publicado distintos ensayos y reflexiones en torno, entre otros, al ámbito de la Literatura y la infancia y se ha configurado, también, como mediadora de lectura en talleres para niños y adolescentes. Es decir, que el “había una vez” mencionado posiciona a esta escritora desde un lugar múltiple y que atraviesa distintos planos en el ámbito de la lectura: leer para escribir, recuperar historias para ser nuevamente contadas; escribir para que esas historias sean leídas y releídas; mediar la mediación entre historia y lector y, así, contar que se cuenta. En una estructura de cajas chinas, de cuentos contados por alguien que cuenta un cuento que alguien contó, se articulan las distintas voces y dejan manifiesto este carácter recursivo y que muestra el detrás de escena, aquél que percibe, también, a quien narra.

Había una vez podría, en este sentido, funcionar como relato estructural de la poética, ya que presenta estas escenas mencionadas: nueve mujeres misteriosas, lejanas, que creían en los

cuentos, y tanto creían que los contaban a un gran Señor; “Cuentos de mujeres que contaban cuentos. Y él, fascinado, fue dejando la tarea de matarla para el día siguiente y el siguiente. Y así fue que, esperando morir, ella contó más de mil cuentos. Y en esos cuentos vivió para siempre” (Andruetto, 2012: 29-34).

Si se piensa a quien media una lectura como alguien que tiende un lazo, un vínculo, una voz, una hebra entre dos momentos, dos experiencias, se podría observar en esta autora que la mediación es, a partir de la narración, movimiento que articula al género maravilloso con nuevos escenarios y temporalidades posibles.

Dos escenas de lectura: *La durmiente* como texto común en dos aulas de escuelas secundarias de la ciudad de Mar del Plata, una de chicos de entre 11 y 15 años y otra con lectores de entre 16 y 19. Antes de comenzar con la lectura, muchos se detienen en una sugerencia editorial: “Desde los 6 años”. Si bien esto los incluiría como público posible, todos bastante mayores de seis, parece excluirlos habiendo leído sólo la contratapa: “Imposible leer algo para un nene”; “Profe, nos trajo cosas de chicos. No somos tontos” circulan rápidamente. Además de este permiso editorial, pueden observar el predominio de imágenes y pocas palabras en cada página: “Un libro con dibujitos”, reclama alguien.

Pero, por suerte, esta lectura para gente de poco más de un lustro se amplía apenas descubiertas las primeras páginas; en esta versión de la “Bella durmiente” habrá una princesa rica, pero no un príncipe azul y, por lo tanto, tampoco existirán besos que despiertan, sino revoluciones que lo hacen por medio del sonido del pueblo (“trompetas. Y tambores. Y arcabuces. Y cañones”. Andruetto, 2010: 30). Además, este libro álbum es atravesado por imágenes de Istvansch que incorporan pinturas de Velázquez, Murillo, Delacroix, fotografías y artículos de revistas bajo títulos como “Máscaras de belleza”, “Alegría y color en los repasadores”... Es decir, que Bella ya no parece ser la del cuento tal vez conocido por los lectores adolescentes de las escenas mencionadas, sino una nueva, alguien que da cuenta del hambre de un pueblo, de las injusticias sociales, porque “No fue como dicen los cuentos.” (16). En este punto, los reclamos de los lectores adolescentes ante un “libro inapropiado” se revierten y posicionan a la lectura como un movimiento capaz de reactualizar sentidos. ¿Por qué leer una historia maravillosa? ¿Cómo la han leído la autora y el ilustrador? ¿Es posible volver a contar y, al mismo tiempo, volver a leer?

Aquí se produce un quiebre que da cuenta del vínculo entre tradición y novedad antes mencionado: tomar la palabra de algo contado y reformularla en algo por contar; tender el hilo nuevamente que lleve al lector desde su niñez, por ejemplo, hasta una lectura que no debiera ser catalogada, sino simplemente leída. “Lectura para seis” puede ser cuestionada y

transformada en una de otro tipo; como lo indica el texto de Andruetto, una revolucionaria, que escuche los arcabuces y desarticule o, al menos, se permita un modo crítico de relectura. Respecto al canon, Andruetto, en *Hacia una literatura sin adjetivos*, retomando a Juan José Saer, presenta una literatura capaz de independizarse de ciertas caracterizaciones que le son externas, como por ejemplo las de “infantil” o “juvenil”. Éstas, si bien pueden resultar útiles en ocasiones, en otras, suelen funcionar como barreras que dificultan una circulación libre de los chicos en la lectura, ya que ellos se convierten en censores que valoran de acuerdo a dichos parámetros ajenos al relato mismo.

En este sentido, la autora cordobesa menciona que le “gusta mucho más que la literatura sea un remolino, siempre desacomodándose.” (Andruetto, 2009: 7). Esa metáfora podría utilizarse, también, para la relación entre sus textos de ficción seleccionados en este escrito y el aula de Literatura y Prácticas del Lenguaje en escenas de lectura particulares, como las mencionadas anteriormente: la literatura de María Teresa Andruetto como un remolino que retoma rasgos y características propios de los relatos maravillosos, de cierta tradición escolar y, en algunos casos, familiar, en la tarea de narrar a los niños; determinada concepción de lo maravilloso y la infancia parecen estallar y reacomodarse en nuevos universos de significación. Esta tarea de reacomodar la reconoce en el mismo libro de ensayos:

Me gusta –decía- trabajar a partir de ese material desechado, la literatura moralista que nutrió durante muchos siglos el narrar en los pueblos. En los cuentos de *El anillo encantado* partí a veces de historias un poco aleccionadoras (el amor vale más que las diferencias de clase, o se puede ser feliz sin tener nada) y, como quien hace pátinas sobre un mueble nuevo hasta convertirlo en viejo, caminé hacia ese pequeño libro. En algunos casos tomé una historia de base y fui alejándome de los rasgos de oralidad que tiene la literatura popular, distanciándome de lo folclórico en el tratamiento, a partir del trabajo con el lenguaje. En otros casos, la historia es inventada y el trabajo fue hacer que pareciera antigua, como quien hace pátinas sobre un mueble nuevo para avejentarlo. (Andruetto, 2009: 70-71)

Este hacer y parecerse a, tomar y distanciarse de lo tradicional, parece ser un movimiento continuo en los textos seleccionados de la autora. La tarea de recopilar, de cómo “algunas historias llegan a mi corazón”, tiene relación, como lo reconoce ella en su presentación personal incluida en la edición de *El anillo encantado* y en otra realizada para *Benjamino*, con las narraciones hechas, en su infancia, por su padre, su madre y su abuela Felicitas: leyendas y otras historias que se sabían orales. Andruetto, entonces, se sabe también en escenas de lecturas propias, capaces de configurar su figura como escritora en torno a la eternidad de los

relatos, que necesitan ser contados, que como la Scheherezade de su cuento, necesita vivir para siempre.

Esta especie de inmortalidad literaria es como sucede

Entre los africanos, cuando un narrador llega al final de un cuento, pone su palma en el suelo y dice: “aquí dejo mi historia para que otro la lleve”. Cada final es un comienzo, una historia que nace otra vez, un nuevo libro. Así se abrazan quien habla y quien escucha, en un juego que siempre recomienza y que tiene como principio conductor, el deseo de encontrarnos alguna vez completos en las palabras que leemos o escribimos, encontrar eso que somos y que con palabras se construye. (Andruetto, 2009: 19-20)

El pasaje de la palabra de palma en palma, de boca en boca, se relaciona íntimamente con la figura de creador, del artista, de aquél capaz de reconocer el uso mágico del lenguaje. Dicha imagen está presente en muchos de los relatos seleccionados: pintores tentados por poderosos para realizar creaciones únicas (*Solgo, El caballo de Chuang Tzu*), un constructor de casas (“Enós y los aprendices”, en *Miniaturas*), mujeres que creían y contaban cuentos (*Había una vez*)...

En “Enós, los aprendices, y la escritura perdurable”, incluido en *Hacia una literatura sin adjetivos*, la autora reconoce como constantes de su poética la creación y, entre otros, la docencia. El arte, y la narración como una de sus formas, capaz de atravesar el tiempo, de servir de mediación entre la experiencia y los mundos posibles; la palabra como herramienta de poder, como constructora de realidades perdurables. Así, la escritora misma parece situarse en esta imagen de creador, como Solgo que “como no tenía nada para darles dibujó sobre la tierra un cerezo. Un cerezo tan verdadero que embriagó a los hombres con sus flores y les dio frutos durante toda la vida.” (Andruetto, 2010).

A su vez, la brevedad aparente parece ser constante en los relatos seleccionados: de pocas líneas se despliegan muchas otras que, recursivamente, se expanden y contraen alrededor de un núcleo capaz de narrar y renarrar. Dicho movimiento podría pensarse como un creador más; si existen personajes que construyen nuevas realidades con la materia (un pintor, un escritor), el relato también dará cuenta de su capacidad transformadora al permitir lecturas espiraladas que amplían las líneas. Este tipo de lectura puede pensarse a partir del uso del epígrafe y de otras relaciones intertextuales que parten de lo conocido, de lo ya contado, y se desplazan a nuevas zonas del relato.

Este desplazamiento es reconocido por la escritora en “El ojo en la escena”, donde da cuenta de algunas cuestiones propias de su escritura y, en relación con los cuentos tradicionales y la

literatura moralista, menciona que trabaja a partir de “material desechado” y lo reutiliza en nuevas combinaciones. También, ocurre lo contrario cuando de algo novedoso genera un efecto de conocido y antiguo, “como quien hace pátinas sobre un mueble nuevo para avejentarlo.” (Andruetto, 2009: 71). Es decir, que ambas estrategias suponen una superficie que se relaciona directamente con algo anterior; aquí, la tarea del narrador será recuperarla por medio de nuevas formas de contar y encantar.

El encantamiento es otro efecto de lectura mencionado en el artículo antes citado. Éste parece clave en la tarea del mediador y puede ser quien la defina como tal. Según su etimología, “incantare”, significa “hechizo logrado por medio del canto”. Entonces, cantar y contar podrían articularse en este tipo de narración que es capaz de detener el tiempo. Aquí, la escritora menciona dos recursos para lograr este efecto encantatorio: un narrador omnisciente (“capaz de contar la historia como algo lejano, acabado, completo en su verdad y su esplendor.”) y el pretérito imperfecto del indicativo (“nos dice de algo que estaba sucediendo en el pasado pero no dice cuándo comenzó ni cuándo terminó la acción”) (Andruetto, 2009: 69). Muchas estrategias de los mediadores de lectura se relacionan directamente con este detenimiento del tiempo, aquel momento donde se genera una nueva escena ajena a lo que no reconozca el relato: una nueva voz, una posición corporal especial para leer/escuchar/leer, una historia que presenta otras.

Encantando, cantando con, contando que se ha contado, contando que se ha cantado... los textos seleccionados de María Teresa Andruetto parecen poseer una densidad respecto al acto de contar y renarrar lo dicho que vincula lo nuevo con lo antiguo, lo ajeno con lo propio, que han resultado productivos durante las prácticas de lectura en el aula. Aquí, se ha observado un posible vínculo entre la etapa de la infancia, más cercana en los casos analizados al género maravilloso, y la del lector adolescente como un “pasajero en tránsito” (Andruetto, 2009); es decir que este nuevo uso de dicho género serviría como una zona puente entre la infancia y la adultez, entre dos tipos de lecturas.

Este puente reconoce un tránsito: moverse por zonas cercanas, ir y volver como un “remolino” que, como

Todos los días, al caer la tarde, el padre le contaba la misma historia en sus múltiples versiones. La nena que cloqueaba era la anti-Scheherezade que en la noche recibía, de su padre, el relato del anillo contado una y mil veces. (Piglia, 1992)

Bibliografía general

Andruetto, M. T., *Benjamino* (2005). Buenos Aires, Sudamericana.

Andruetto, M. T., *El árbol de lilas* (2006). Córdoba, Comunicarte.

Andruetto, M. T., *Hacia una literatura sin adjetivos* (2009). Córdoba, Comunicarte.

Andruetto, M. T. e Istvansch, *La durmiente* (2010). Buenos Aires, Alfaguara.

Andruetto, M. T., *Solgo* (2010). España, Edelvives.

Andruetto, M. T., *El anillo encantado* (2010). Buenos Aires, Sudamericana.

Andruetto, M. T., *Miniaturas* (2011). Buenos Aires, Macmillan.

Andruetto, M. T. y Lardone, L., *El taller de escritura creativa en la escuela, la biblioteca, el club* (2011). Córdoba, Comunicarte.

Andruetto, M. T., *Había una vez* (2012). Buenos Aires, Calibrosopio.

Andruetto, M. T., *El caballo de Chuang Tzu* (2012). Córdoba, Comunicarte.

<http://www.teresaandruetto.com.ar/>.

<http://www.narradorasargentinas.blogspot.com.ar/>

Piglia, R., “La nena”. En: *La ciudad ausente* (1992). Buenos Aires, Sudamericana.